

LA NIÑA DE CUBA

El encuentro

Los cuentos de hadas no existen, aunque Carmela se vio envuelta en uno.

Carmela, con diecinueve años recién cumplidos, viajó a Valencia, invitada a las Fallas por su tía.

Maravillados quedaron de su belleza deslumbrante, del carácter abierto y amable, de su sonrisa franca, del ademán resuelto y la voz dulce; ninguno podía explicarse cómo aquella mucha, tan delgadita y pálida en las fotografías tomadas en la infancia, se había convertido en una adorable mujer.

- ¿Y Carmela, no tienes enamorado? – le preguntaba su tía con el rostro teñido de picardía, a lo que su sobrina negaba con la cabeza-. Todo llegará hija, todo llegará.

- Pero tía, si no me preocupó.

Maztegui, de nombre José, viajó a la madre patria con desgana, importándole bien poco indagar en el rancio acervo de sus raíces; pero su padre, íntimo de Fulgencio Batista, le había obligado a abandonar temporalmente Cuba para ocupar un cargo de importancia en la embajada, convencido de que a sus veinticuatro años La Habana constituía un universo demasiado restringido para él, legítimo heredero de la fortuna amasada por su progenitor, en estrecha cooperación con los mismos que ofertaron a España la compra de Cuba por trescientos millones de dólares.

En los calmos atardeceres, en los descensos taimados del sol en ansia por besar la tierra antes de perderse tras el encendido horizonte, cuando el mar rebulle en irisaciones de infinita coloración –celoso guardián del secreto de las profundidades- es el momento elegido por la errática y anónima luz del ocaso para adentrarse en la ciudad y recorrer las calles, acariciar los edificios, tañer las flores, despertar los corredores umbríos, llenar los aletargados zaguanes con un aura pintada de oro viejo. Y fue en ese lapso etéreo e intangible en que Carmela viera a José Maztegui, o sino más bien al contrario, que el resultado fue recíproco; digamos, pues, que José Maztegui vio a Carmela en el mismo momento en que ella posaba sus ojos en él.

Por preguntar que no quede:

¿Qué hacía Maztegui en Valencia cuando hubiese debido permanecer en Madrid al servicio de la embajada de su patria, empeñado por satisfacer las empresas que su padre le había encomendado? ¿ Que hacia Carmela desoyendo las explicaciones de su prima Montserrat al pasar delante de La Lonja de la Seda, o la gótica Catedral, la Torre del Miquelet o el Palacio del Marqués de Dos Aguas, ensimismada en Dios sabría qué?

-Sabes mamá, Carmela está enamorada.

-¿Y tú cómo lo sabes?

-Ella me lo dijo. Además esas cosas se notan.

-Niña, los secretos no deben ir contándose por ahí, es de mala educación.

Pero dime: ¿Quién es él?

Montserrat cumplió su papel de cómplice a la perfección, con la salvedad de una pequeña tara mental que le impedía guardar un secreto: ni muda y amordazada, presa o manca, ciega o moribunda, hubiera podido evitar contárselo a su madre, oyente fiel a sus desvaríos e insufrible guerrera a la hora de guardar el honor y buen nombre de su sobrina. Las precauciones a tomar no debían ser muchas puesto que Carmela debía retornar en pocos días. Lo que no intuían ni madre ni hija era el desbordante amor que se profesaban, aún cuando éste había germinado en tan poco tiempo, entre los paseos por parques floridos, las miradas esquivas y veloces al cruzar una calle para ver y no ser visto, las palabras que sin

sobrar apenas servían de acompañamiento a los cánticos que emitían sus cuerpos, o sentados los tres en aquel café de enjutas columnas y olor a frituras.

-Ahora que Montse nos ha dejado un momento debo decirte....Carmela, te amo, te amo.

-Oh José, no sé que decir, soy tan feliz.

-He de regresar a Cuba, mi padre me requiere. Pero te juro que volveré a por ti. Te escribiré largas cartas de amor para que permanezca viva en ti la llama de mi devoción. ¿Me esperarás?

-Te esperaré siempre, mi José.

No existen documentos escritos ni testigos oculares que certifiquen o desmienta el último o primer beso en esta húmeda despedida; supongamos que sus labios se acariciaron tiernamente sellando, así, su compromiso.

Mientras Maztegui sobrevolaba el Atlántico camino de La Habana, Carmela se hallaba ya en Ponferrada, con el corazón encogido y el disimulo siempre doloroso por mostrarse natural, a la manera de épocas pretéritas, cuando el amor no había contagiado aún su pecho.

-¿Qué tal hija, lo pasaste bien en Valencia?

-Si, mamá, aquello es muy bonito.

-¿Y la tía qué tal? Hace tantísimo que no la veo.

-Hablaemos más tarde mamá, ahora debo arreglar mi habitación.

Pasaron cinco meses y diez cartas -con remite falso: María Aldana Rodríguez- antes de que aquella situación tornara por sendas menos tortuosas. Maztegui escribiría "No puedo sin ti vivir y vivir sin ti debo. Mi pensamiento es tuyo. Mi corazón se rebela y grita apasionado: ¡Carmela, Carmela, Carmela! No aguanto más, mi amor. Estaré ahí para septiembre. Voy a pedir tu mano. Te amo. Tuyo siempre, José Maztegui".

Y llegó septiembre. Una semana después de las fiestas en honor de la Virgen de la Encina - a la que se encomiendan los bercianos para que llueva y no se sequen los pimientos- un fastuoso Rolls Royce Phamton II congregó la atención de los parroquianos allí por donde rodara, lento y temible como un león al acecho. De él se apeó un hombre joven, de tez morena, bien plantado, con el rostro y la gallardía de los que saben buscar y encuentra. Vestía un traje indecoroso para aquellas latitudes: blanco como las montañas en invierno, tocado con sombrero de Panamá. al estilo en que el cine mostraba a los galanes más apuestos.

-Sírvame viejo, ¿la calle Once mil Vírgenes?

-Por allá se mete, no tiene pérdida.

El estruendo de sus pasos debió retumbar en toda la estrecha calle puesto que Carmela, impulsada escaleras abajo, logró verlo venir en el aire fresco de la mañana. Se abrazaron como sólo saben abrazarse los que nada temen, los que se aman y no desfallecen.

-Soy José Maztegui Torres y vengo a casarme con su hija.

Una vaharada impregnada de felicidad y ensueño emanó del suelo hasta rodear a los dos amantes, fundidos en un solo cuerpo, afectados por una efímera catalepsia, dichosos por el encuentro tantos días demorado, tantos días sufrido.

-¿Y cómo fue? ¿Y donde fue? ¿De donde decís que viene?

Pese al secreto tan imprevisamente desvelado y el celo con que se pretendía guardar la noticia, la buena nueva corrió de boca en boca por la pequeña ciudad, ejerciendo sobre sus habitantes el afecto de un bálsamo, endeble cura para propios males. No hubo otro tema de conversación: El hijo de un marqués de aquellas lejanas tierras iba a llevarse a Carmela, la niña guapa, la once mil una virgen de una calle empedrada y angosta, a La Habana para habitar en un palacio digno de Sherezade. El padre de Carmela, bajo la atenta mirada de su mujer, aceptó a regañadientes a su futuro yerno, pues entreveía en los modales altaneros, la mirada penetrante, la bronceada piel, el varonil tono de su voz sibilina, un resquicio de teatral comportamiento, una sutil esencia de anormalidad que le obliga a obrar con cautela en el acto siempre difícil de entregar una hija. Doña Rosa, por el contrario se sintió fascinada por su personalidad, pensando tras mirar a su

marido, en el mezquino regalo que la fortuna le había concedido, por lo que su hija no debía dejar pasar aquella oportunidad, de éstas que sólo se presentan una vez en la vida. José Maztegui regaló a su prometida una sortija de diamantes rosas, con lo cual su progenitor estimó barrer todas sus dudas y acechanzas.

-Mejor partido imposible: guapo, rico y cubano. Ahí es nada.

El mes que José Maztegui pasó en compañía de Carmela y familia sirvió y bastó para recabar la atención entera de Ponferrada. La gente hablaba del cursillo prematrimonial que don Jesús, el párroco de La Encina, les impartía; de los nuevos trajes que el novio –apodado el Cubano por razones evidentes- había mandado cortar: oscuros, más adecuados al uso y costumbres imperantes en la península; de lo abrigado que iba siempre debido, sin duda, al clima en extrema del que partió; de sus nobles modales; de la serena hermosura que iluminaba el rostro de Carmela ahora que se sentía mujer y esperaba con impaciencia unirse en matrimonio.

A diez días de la boda surgió lo imprevisto: un telegrama obligaba a José Maztegui volver de inmediato a la Habana por motivos que ahora no vienen a cuento.

-Pobre chica, desesperada está: ¿Y ahora qué va a hacer si su amado se va a las Américas, si su futuro esposo la deja sola y desconsolada, si el padre de sus hijos parte hacia la lejanía con un regreso incierto?.

Parece mentira lo rápido que vuelan las noticias, por algo las palomas son las mensajeras, y no los ciervos o los jabalíes, o las sardinas o los topos; el aire es el medio transmisor perfecto, y también de aire están llenas las cabezas de muchos de los que las propalan y reciben. El caso fue que la desgracia y la congoja vinieron a cubrir la esperanza de Carmela por no volverse a separar de su amado. José Maztegui, al igual que generador indirecto de dicha adversidad, se vio en la obligación por enmendar el entuerto: Carmela viajaría a La Habana apenas tuviera todo preparado, y allí unirse en santo matrimonio.

-No hay otro remedio, doña Rosa, los negocios de mi padre pueden retenerme en Cuba durante meses.

La despedida fue triste, como cualquier despedida de dos cuerpos que se aman y son separados con premura.

Mayor aflicción embarga el sentir en el último adiós, pues los designios divinos tanto pueden alzarnos al éter como arrojarnos al pozo de nuestras propias decadencias, desuniendo no ya los cuerpos, las almas, hacia la eternidad.

Mientras José Maztegui volaba rumbo a La Habana, Carmela se afanaba en reunir su ajuar: enaguas de encaje de bolillos, rebecas, sábanas de lino, toallas, medias de seda, ligas, zapatos de tafilete, abrigo de lanilla y uno de piel, el vestido de novia, las arras de su madre, camafeos, poleas, la cama que tuvo desde niña, la máquina de coser, una vajilla de porcelana, su peinador, su breviario y su velo negro de blondas, un rosario de cuentas, fotografías, libros, semillas de geranios, azucenas y gladiolos,.....el impensable conjunto que le haría sentirse más acompañada en tierra extraña: los objetos familiares hacen familiar lo infamiliar, valga la redundancia. Conseguir un pasaporte en aquella España, convaleciente de una enfermedad incivil, suponía un desgaste de ingenio, mejor suerte y amistad, la misma que doña Rosa compartía con María de los Ángeles Haro, adalid de la Sección Femenina de Ponferrada, de la que aseguraban las lenguas que todo lo saben y todo lo cuentan, había sido novia de Primo de Rivera fundador de la Falange.

El día de la partida definitiva los ojos de cuantos despidieron a Carmela –y fueron muchos- se enturbiaron con la lluvia de los párpados abatidos. Besó a su madre, a su padre, a sus tíos, primos, vecinos, amigas, besó a cuantos estimó oportuno besar, un poco para repartir el peso de la congoja y desnivelar la balanza de la recta justicia que nos oprime y a la vez nos distiende. El corazón de Carmela soñaba con José Maztegui y en igual medida se encogía de dolor a sabiendas de perder en el recuerdo su grato pasado.

-¿Vendrás pronto a visitarnos, hija?

-Si mamá, os prometo que en cuanto pueda volveré para veros. Os quiero.

Carmela no había viajado nunca en avión; era por ello que su pecho latía expectante y emocionada al ver en Barajas aquellas aves de atronador rugido, de hélices como molinos de viento en mitad de un huracán; tras comprobar el endeble sustento donde se apoyaban deseó encontrarse en La Coruña, embarcada en el carguero venezolano Nefente junto a su ajuar, convencida de estar más segura flotando en el desierto azul que no suspendida sobre él.

Llegaron las nieves tardías a Ponferrada fluyendo como regueros de leche, salpicados de la taza de un cielo lumbroso.

-Han pasado cuatro meses sin recibir noticias de Carmela. Cuba no está tan lejos. ¿Por qué no habrá dado señales de encontrarse bien? ¿Le habrá ocurrido alguna desgracia a nuestra niña?

-Calla mujer, que siempre piensas en lo nefasto. La niña estará bien ahora: en Cuba ya no hay caníbales, ni monstruos prehistóricos, y la gente calza zapatos, o qué te pensabas.

Aquella fue la última vez que los García Prieto hablaron del ostracismo de su hija puesto que apenas cambiar de conversación recibieron un telegrama que los dejó paralizados. Doña Rosa no pudo evitar que cayera a sus pies apenas leerlo.

-¿Qué ocurre? ¿Qué pasa? ¿Qué dice el telegrama?

-Algo malo, lo presiento, algo malo le ha sucedido a nuestra Carmelilla.

-¿Qué pasa? ¿Qué dice?

-Regresa el quince de este mes. Sola.

Con tan parca nota las preguntas, dudas, especulaciones e indicios – ejercicios inútiles pero altamente satisfactorios- gravitaron por doquier los días precedentes al aterrizaje, pese a la reserva de padres y familiares más próximos por guardar la nueva de malas interpretaciones, temerosos de que sus propias hazañas corrieran de garganta en garganta por la ciudad, desglosando y tergiversando sus intimidades. El DC-3 aterrizó en Barajas con retraso: una tormenta insidiosa había obligado al piloto a realizar acrobacias para evitar su exacerbado humor. Al final, pasados los terrores de Doña Rosa y esposo, pudieron discernir la figura de Carmela entre los viajeros que descendían del avión; con pasos cortos, los hombros echados hacia atrás, un vaivén arrítmico de las piernas, protegida su cabeza con un gorro encarnado, pudieron abrazarse, la notaron demacrada, más delgada, con una expresión afligida, abúllica, que encogía la respiración a quién la hubiera conocido antes de su viaje al Caribe: asemejaba un bosquejo de ella misma en la mente de un pintor ocioso.

El olvido

Pasaron dos años y Carmela no parecía salir del ensimismamiento interior en que aquella aventura la había sumido. Pero la bruma gris fue disipándose en el mar proceloso de sus recuerdos y la pátina que revestía sus ojos desapareció paulatinamente. Todavía era una mujer joven y bonita así que nada – a excepción de que una mala estrella insaciable volviera a cebarse en ella- podía evitar que se desposara. Pretendientes no le faltaron aunque desdeñó a todos y cada uno de los que sistemáticamente –bajo la intensa inspección de doña Rosa y esposo emulando a Sherlock Colmes y su incondicional Watson- se atrevían a echarle las redes, aún cuando sabían de su cerrazón y mal encubierto odio hacia el sexo no débil.

-Pero hija, ¿Por qué te muestras así de díscola? Deberás casarte algún día, tener un buen marido, unos hijos sanos y fuertes para este país que tan falto está de brazos.

-No insistas mamá. Lo que aquel hombre me hizo clama todavía el cielo, y sigue quemando mis entrañas como hierro fundido. No permitiré que otro hombre se burle de mí, que me tenga al borde del altar para luego.....

Esposo y padre, requisito indispensable para todo buen varón, interrumpió la plática de las dos mujeres; no por suspicaz ni por astuto comprendió la intromisión por el repentino silencio.

-Amor, ¿has cepillado mi terno azul, el que llevo al Casino?

-Tu siempre interrumpiendo, zascandil; en el armario lo tienes colgado. Córdete las uñas de los pies, no te olvides, que parecen navajas de Albacete y no vamos a ganar para zapatos.

Volvió a cerrar la puerta, avergonzado por el recordatorio.

-Es muy atento y muy educado el amigo de tu primo Alfredo: Felipín, ese que ha venido a tomar café dos veces. Acaba de sacar con matrícula los exámenes de notarías.

- Mamá, no insistas.

-Cría cuervos.....

De las amigas que dejara en Ponferrada solamente una no rehusó a continuar el lazo de amistad que las uniera. Las otras –no muchas en verdad- habían ido escondiendo la cabeza como si La Niña de Cuba – con voz popular y espontánea- aquejada de una enfermedad tropical las pudiera contagiar sin remedio, contagiarlas del extraño mal que después de tanto folletín florido y maniqueo le había hecho retornar con el fracaso a la espalda. Elva María era la única que no se había casado o que, a sabiendas de un novio disponible, estuviese a punto de hacerlo. Era frágil y alba, menuda de carnes, de un mirar frío no hostil, hermosa pero distante, lo que tal vez fuera el detonante en los pies en polvorosa de los que osaban acosarla. Ella y Carmela tenían por costumbre dar largos paseos cuando el tiempo lo permitía. Aquella tarde habían recabado en El Plantío. Se sentaron en un banco, al amparo de un sol de atardecer brindando a los cuerpos un baño cálido y esperanzador.

-Marzo pronto acabará. Era ya hora. Ha sido un invierno muy crudo el de este año.

-Debe ser maravilloso vivir en un lugar donde siempre es verano, donde nunca se pasa frío, ¿verdad Carmela?

Carmela esbozó un mohín de disgusto a pesar de que este durara un exiguo alzar de pómulos, arrastre de labios y fruncimiento del ceño apenas perceptibles. Supo del intencionado comentario de Elva María pero no le guardó rencor por ello; consideraba que tan sólo era curiosa y obstinada y que tales debilidades podrían granjerarla algunas animadversiones. Pero después de todo era su amiga, y aunque aquella fuera la enésima vez que explicaba la razón de su reserva no dudó en hablarle.

- El que la sigue la consigue. ¿Por qué no te olvidas de ello? Sabes perfectamente que la única que conoce el motivo por el que abandoné Cuba es mi madre y que será hasta que la muerte no la arrebaté, Dios no lo quiera, la guardiana de esa historia que intento por todos los medios olvidar.

- Es que soy muy curiosa, Carmela. Perdóname. No es mi deseo ofenderte pero hay veces que la cabeza me oprime, aquí, y por la espalda me corre un escalofrío, y no puedo evitarlo, es más fuerte que yo. Soy tu amiga, ¿no? Puedes confiar en mí.

- Eso he de decidirlo yo.

Fue a mediados de la primavera, engalanada de brillos y relumbres, vacía de nubes turbias, arrullada por un sol tibio y amable, cuando Elva María leyó la carta.

Habían quedado de encontrarse al mediodía en la plaza de la Encina, a la vera de la basílica. Elva María llegó pasados diez minutos, dando muestras de cansancio y atoramiento propios de los que se saben culpables y procuran, de cualquier manera, atenuar el castigo. Carmela, pese a conocer el reluctante defecto de su amiga, la recriminó duramente.

- Como llegues así de tarde a tu boda no habrá novio que aguante: te dejará plantada.

- No lo creo.

- ¿Por qué?

- No tengo novio y jamás lo tendré.

Elva María, tajante, dejaba muda cualquier palabra de un futuro amoroso que su amiga pudiera vaticinarle. Cogidas del brazo dejaron la plaza para perderse en las callejuelas de San Andrés, intrincado laberinto de casas arremolinadas a la busca y captura de un calor huraño y esquivo, que prefería caer sobre los tejados a dejarse colar por el hueco entre balcones y fachadas. Penetraron en un portalón oscuro y helado hasta dar con la puerta adecuada. Entraron sin llamar.

-¡Chusca!

Elva María, acodada en el mostrador, gritó de nuevo. Tras unos segundos de espera incierta una señora chata y malencarada apareció como por ensalmo, arrastrando los pies en el entarimado mugriento. La saludó con una sonrisa.

-Chusca ¿Podrías ponernos dos manzanillas bien calentitas?

- Y dos sobrinos solteros que me vienen el domingo de Valdeorras.

-¿Guapos?

-Ni en el Edesa podrías verlos tan guapetones y sanos.

-¿Con dinero?

La Chusca se dio vuelta súbitamente, murmurando algún impropio contra el desmedido afán de riqueza que obnubilan las buenas maneras de las muchachas de hoy en día. Carmela y Elva María rieron el unísono, sentándose seguidamente en la esquina derecha del establecimiento. Elva María buscó en uno de los bolsillos de su chaqueta hasta dar con un sobre.

- La recibí ayer. Mira: de Francia, ¿No te parece emocionante?

Comestibles La Chusca ofrecía a módico precio todo artículo perecedero que el ama de casa virtuosa debía guardar en la despensa. Además de los cajones rebosantes de hortalizas y frutas, los estantes repletos por latas de conservas, de los panes recién llegados de la tahona, de las ristras de chorizos, y salchichones, y jamones, supurando olores que abren el apetito, su dueña había bajado de su casa -sita en el piso superior- cuatro sillas y dos mesas, arrinconándolas bajo el ventanal que miraba al Hospital de la Reina, cobijo de peregrinos agotados por el camino jacobeo, vía espiritual para la salvación eterna. No por anhelo comercial había colocado aquellas sendas invitaciones al ocio, sino que gustaba de ver charlar a sus clientas al amparo de las tazas, con brebajes reconfortantes, en un descanso merecido para luego dejarlas marchar, colgada la compra diaria, al encuentro de las obligaciones maritales. Algún marido se había quejado públicamente del nefasto ejemplo y la alteración del orden familiar que la Chusca infundía a sus mujeres; aunque la sangre nunca llegó al río. No obstante, rumores traicioneros tildaban a la Chusca de roja conversa y atea hasta el tuétano. Pero algunas voces iban más lejos al afirmar que había escapado de Burgos al ser descubiertas sus inclinaciones republicanas por boca de su hija, azotada y humillada por prostituta, cortado su pelo al cero para advertir de su catadura. La Chusca trajo dos manzanillas, posándolas bruscamente en la mesa. Una mujer entró, yéndose rauda, a atenderla.

- ¡Qué malos modos se gasta!

- No le hagas caso. En el fondo es buena pero hay veces que le dan esos prontos y

- No deberíamos venir más Elva. Bueno: ¡A qué tanta intriga? ¿Qué hay que ver? Debo estar pronto en casa, si no mi padre comenzará a chillar y nos aguará la comida.

Elva María extrajo del sobare unas cuartillas, manteniéndolas en las manos nervudas:

-Son de mi hermana Teresa. ¿Te había hablado alguna vez de ella?

Carmela removió la infusión con ademán aburrido. Su amiga tenía la mala costumbre de contar las historias a saltos, sin un lazo o hilo conductor que ayudara a su comprensión, y por aquella vez -que no la primera ni la última- todo parecía discurrir según la pauta antes indicada.

-Bueno, pues mi hermana Teresa se marchó de casa hace dos, casi tres años. Durante muchos meses no supimos de ella hasta que un día mi madre vino a mi habitación con una carta sin abrir, diciéndome que no quería saber nada de ella

pero que no le importaba que yo supiera de sus andanzas, que en el fondo era mi hermana. En realidad lo que ocurría es que ella, mi madre, no quería dar su brazo a torcer, aunque a la hora ya estaba preguntándome que donde estaba Teresa, que si se encontraba bien, que si necesitaba dinero, que cuándo volvería.

Carmela suspiró hondamente, dando a entender de su premura.

-Resulta que la última vez que escribió estaba en Barcelona, de sirvienta en una casa. Pero esta carta me la manda desde París, París. Me ofrece irme con ella para trabajar allí: Me ha encontrado un trabajo en el hotel donde trabaja: escribe que las condiciones son buenas, que el empleo no mata y que los sueldos son los de un ingeniero de España.

Elva María leía la carta dentro de sus ojos con la vehemencia de una soñadora empedernida, embebida por la satisfacción de poder llevar una vida mejor, anulando de una vez por todas lo anodino de sus existencias. Carmela, viendo su clara disposición por aceptar la invitación, optó por preguntar:

-¿Cuándo te irás?

-Apenas tenga el dinero para el viaje me iré. A mi madre le puede dar algo si se entera; te pido que esto sea un secreto entre tú y yo. ¿Me lo prometes?

-Eso ni se pregunta, Elva.

Bajo el tul espléndido de su rostro dominado por la felicidad extrema, Elva María escondía un envés de pesadumbre y desamparo.

-Me encantaría que vinieses conmigo. Habrá trabajo para las dos.

El sincero deseo de su amiga dejó perpleja a Carmela, que falta de aliento demoró sus palabras una brevedad infinita, como a la búsqueda de un eco que satisficiera a ambas partes.

-Me lo pensaré, Elva, me lo pensaré.

El retorno

La ciudad se desperezaba quejumbrosa tras una noche pasada por agua. El cielo, bañado en un azul limpio, se reflejaba en el pavimento, bruñido por el batir incesante de la lluvia en las horas de sombras y misterios que proceden al alba, cuando el silencio arrebató el plácido consuelo del sueño a los sufridos insomnes, huérfanos hambrientos de manjares oníricos. Los primeros rayos de sol hendiendo furiosos la atmósfera de la habitación acabaron de despertar a Carmela, atrapada en una duermevela tenaz. Tambaleándose logró llegar a la ventana hasta elevar la persiana por encima de su cabeza. Era temprano, por lo que la plaza de la Pícaro Justina conservaba este estado latente e intemporal que precede a las turbamultas. Vio no sin sorpresa, extinguida al instante por la costumbre, las andanzas de dos jóvenes desnudos, arrebatadas por una furia conspicua, enfrascados en una batalla cuerpo a cuerpo sobre el campo níveo de su lecho. Oyó un golpe de nudillos y a su vez el ruido del picaporte al ser girado. Una mujer de mediana edad, espigada, con el pelo alborotado, se acercó hasta ella, sentándose en el embozo.

-No he podido pegar ojo en toda la noche; debe ser el fío de esta ciudad - dijo Elva María con la voz ronca- Te oí subir la persiana y me despertaste cuando había conseguido por fin dormirme. No son ni las nueve.

En esa pensión no descansan -aseguró Carmela a unos palmos del cristal-. Día y noche. Noche y día. Si en vez de tanto libertinaje se aplicaran más en el estudio que mejor sería para todos, en este país tan necesitado de brazos que decía mi madre, tan falto de mentes que diría yo.

-¿No será que echas de menos ciertas cosas, y les tienes envidia? -le espetó Elva María.

-¿Envidia? Yo todavía puedo permitírmelo con una simple llamada de teléfono -contestó Carmela desdeñosamente-. Ya veremos si ellas a mi edad podrán desfogarse en compañía, con jóvenes atractivos.

Elva María apreció que la conversación no marchaba por el sendero de la fraternidad, y recordando los malos despertares de su amiga estimó oportuno crear un silencio apaciguador.

-¿Vendrás conmigo de compras esta mañana? –preguntó Elva María-. He visto un vestido en una tienda del Húmedo que te quedaría de perlas... y si a ti no te gusta me lo quedaré yo.

- He de ir al banco a primera hora –se disculpó Carmela-. Necesito revisar algunos pormenores de los intereses que parece que no cuadran, y otros desbarajustes que quiero que me aclaren. Tal vez me lleve toda la mañana. Nos veremos para comer. ¿Qué vas a prepara hoy?

-Mala leche con palabrotas.

A las once Carmela se encontró en mitad de Ordoño, embotados sus sentido por los números y operaciones aritméticas bailando desenfrenados al son del habla de un hombre apestando a colonia, perfectamente rasurado y pulcro, apostado en el otro lado de una mesa de falsa caoba. Derecha o izquierda, esas eran las opciones que la avenida ofrecía. Optó por caminar hacia la Glorieta de Guzmán, repleta de luz y circulación. El olor dulce y fresco de la mañana, la placidez del sol al romper olas contra el parapeto febril de la ciudad, la incitaba a caminar y olvidar, una vez más, el problema que siempre la había acuciado, y que como la hiedra, habíase adherido férreamente a su piel. El Paseo de la Condesa Sagasta ofrecía un aspecto apacible, atemporal, bajo la música inextinguible –sinfonía inacabada- de los que antes lo recorrieron, envuelto por una bruma incolora, exudada de la corteza de los árboles que en hileras –enhiestos soldados de una marcha militar- protegían el descanso de sus variables moradores. Carmela se cruzó con numerosos viejecitos que hacían la ronda matutina, exonerados de la esclavitud de vivir. Se sintió observada con minucia, enigmaza por la abrumadora mayoría masculina de los viandantes. De pronto aspiró, por el ritmo cadencioso de la respiración, un acúmulo tal de fragancias que la desligaron del presente para devolverla al escenario de un amor que ella creyó imperecedero, incombustible, y que ahora, de regreso al Paseo, tras el alejamiento y la sinrazón –productos de un relámpago olfativo-, supo que aquel turbio suceso se perdía treinta años en el tiempo, cuando era más joven y el afilado sesgo del desamor contaba sin tregua el aliento de su boca. Pero aquello ya no le pertenecía, en su fuero interno podría guardar la llama latente, la rememorancia sutil que ya no debía hacerle daño: los malos recuerdos se tornan bonancibles y objetivos con el paso de las estaciones, recurso tal vez imprescindible para no vivir y sufrir de y por ellos. Avivó el paso como para borrar aquella opresión que las veces más imprevistas la dominaba. No percatándose de la hora se introdujo en una calle por la que pocas veces había transitado. Observó los escaparates con fruición, parando en todos y cada uno de ellos, como la colegiala que fue, extasiada por las muñecas de ojos perdidos en la lejanía del cristal empañado. Miró el reloj: este se había retirado con una amplia sonrisa, no avisando, siquiera, sobre la ausencia de su servicio. Carmela no gustaba de preguntar a nadie acerca de asuntos tales, y a pesar de su trivialidad, prefería permanecer en la ignorancia antes de requerir la ayuda de cualquier desconocido. Plantada ante una iglesia raquílica no supo qué hacer: si continuar su andadura o, por el contrario, regresar con Elva María para curar su enfado por el desplante.

El destino jugó de nuevo.

Oyó a su espalda la voz grave y poderosa de un hombre interfiriendo en su reflexión:

- Las doce y media, Carmela.

Pensó en la malvada ensoñación apoderándose de la voluntad en momentos de flaqueza y desamparo; experimentó un endurecimiento de la piel por obra de una descarga eléctrica; sintió la sangre reuniéndose en su rostro; y cómo los miembros, carentes el vital fluido, se negaban a obedecerla para girarse y conocer la figura del hombre que gentilmente había atendido su mudo deseo. Mas una fuerza intrínseca la empujó hacia delante, atendiendo a la supervivencia, al deseo por escapar, por vencer aquel desasosiego aplacado por una voluntad sin parangón. Fue inútil. El destino, para bien o para mal, continuaba surcando los mares y océanos, excelso hacedor de tempestades. El hombre la rebasó hasta detenerla con

ambos brazos; Carmela se debatió, pero los brazos de él eran fuertes y su ánimo, en aquel momento, débil.

-Te he buscado tanto, Carmela. No dejaré que ahora te vuelvas a escapar. Me juré enmendar nuestras vidas.

- Eres un mal sueño José, un mal sueño.

- No Carmela, tócame. Soy José Maztegui, aquel que lloró tu marcha y sintió las crueles fiebres del desamor arrebatándole la vida.

-No. Eres una ilusión. Nada más. Sigue tu camino. Yo no soy la que tú pretendiste. He cambiado. Descubrí la maldad de los hombres y sus fechorías imperdonables. ¡Vete!

- No puedo, ¿es que no lo comprendes? Partiste con tal rapidez de mi lado. No tuve tiempo de explicarte.

- Me mentiste, me mentiste, jugaste con mis sentimientos. Jamás me quisiste.

- No digas eso, Carmela. Hube de hacer algo por mi padre que yo creí de suma facilidad. Cuan difícil es la vida y sus entresijos: un libro abierto en manos analfabetas.

-Aquello ocurrió. No podemos enderezarlo, no podemos volver atrás. Déjame ahora. Para mí no eres digno de mi palabra. No me mortifiques más. Déjame.

José Maztegui Torres conservaba una galanura y porte que desde la juventud y con el transcurso de los años habían ido madurando de manera envidiable, solazándose en una vida comedida, carente de excesos y perturbaciones propias de ricos. Su gran envergadura quedaba agrandada por una gabardina oscura de cuello alto, de la que sobresalía un rostro afable, de nariz picuda y ojos inquietos, inmejorables accidentes geográficos sobre su piel morena aún pese a la lejanía de los rayos bienhechores, tatuaje de un exilado.

-No me rechaces, por favor. No puedes ni imaginar los esfuerzos e ilusiones que puse en encontrarte. He de contarte la verdad; tras ella tú misma decidirás. Confío en que tu buen corazón sepa hacer justicia en este sufrimiento que parece, después de tantos años, haber concluido....Estás muy hermosa.

Carmela, cual barco al paio, dominada por un ente ajeno, asintió. Cogidos del brazo caminaron un trecho. Entraron en una cafetería desde la que podían verse los surtidores de Santo Domingo rebosantes de espuma. Pidieron café con leche y menta poleo.

-No puedes ni imaginar el dolor que supuso tu marcha: Creí morir, pensé que la vida ya no tenía motivo, que cualquier acto no era justificado si no era compartido a tu lado.

Crejó reconocer al hombre que quiso, a aquel que había turbado su existir, al mismo sobre el que descansó la confianza y el empeño por la felicidad compartida, aquel que no había tenido la compasión de olvidar su propia ofensa. Podía haber rechazado su invitación, aunque un deseo no correspondido con su cerebro le obligaba a permanecer delante suyo.

-¿Por qué me haces esto? ¿Qué piensas, que yo no he sufrido? ¿No hiciste ya bastante perjuicio en mi persona? Contesta.

-Te fuiste tan rápido de Cuba que no tuve ni tiempo de explicártelo. Te volviste como loca, no atendiste a mis palabras.

- ¿ Te parece poca locura la de descubrir que el hombre que amas, el que iba a convertirse en mi marido, el que me juró amor eterno, no era más que un farsante, una serpiente, un mentiroso? ¿Cómo crees que me sentí al descubrir que estabas casado y tenías tres hijos? ¿Por qué me hiciste aquello?

En el intermedio de su disputa en baja voz –al disponer el camarero las tazas y un cenicero metálico sobre el mármol-, pudieron mirarse fijamente; descubrió José Maztegui que en los ojos de Carmela no brillaba la luz plateada que precede a las explosiones, sino un vibrar acuoso a la manera de un reproche, más cercano este al desdén que a la furia. Cuando ella torció sus ojos huyendo de los de

él, José Maztegui tomó las manos temblorosas de Carmela, arropándole con ternura, y para su sorpresa, ella no rechazó su contacto.

- Antes de comenzar mi relato quisiera pedirte perdón por lo mucho que te hice sufrir: Perdóname. No fue intención mía hacerte daño. Sé que mis palabras no harán mucha mella en tu rencor, pero cuenta en que son sinceras.

-¿Podría creerte?

- Podría intentarlo.

Carmela nunca pudo haber imaginado que aquella escena fuera a tener lugar. Cuando abandonó precipitadamente La Habana estaba convencida de no volver a ver a José Maztegui, y a lo largo de los años transcurridos intentó, por cualquier medio, aflojar el vínculo que le unía, pese a todo, con él. Tal vez fue por ello que aceptara el ofrecimiento de Elva María de emigrar, tal vez su constancia y dedicación al trabajo – que alargo les proporcionaría a ambas pingues beneficios con los cuales vivir los años restantes desahogadamente- no fueran más que un subterfugio donde arrojar el reducto de una amargura.

-Mi padre controlaba buena parte de los casinos de Cuba e incluso era propietario de muchos locales en Miami dedicados al juego y la prostitución. Al tomar Fidel posesión del gobierno, instaurando esa dictadura que Dios quiera termine pronto, hubimos de marchar a Estados Unidos, escapando de la percusión comunista. Él siempre creyó que sus amigos de América derrocarían a Castro de un estornudo, pero nos salió cabrón el guerrillero. Estaba muy ilusionado con un proyecto en el que su amigo Batista le había introducido: Convertir toda la curva del Malecón de La Habana en un paraíso donde florecerían hoteles de lujo, casinos de juego y salas de fiesta, y dividiendo en dos el casco antiguo de la ciudad llenarlo de rascacielos, para ofrecer a los ricos más ricos un lugar donde gastar sus dólares. Ni todos los jefes de la Mafia de Florida pudieron evitar el desastre aquella Nochevieja de 1958. Pero mucho antes de eso vivíamos felices en nuestra patria mi padre, mi madre, mis dos hermanas, yo... y mi hermano gemelo.

El ver cómo el rostro de Carmela continuaba impertérrito, decidió proseguir con su soliloquio. Pese a la aparente indiferencia supo que le interesaban sus palabras, y eso le animó.

- Yo me casé joven con una muchacha bonita y educada, hija única de un clan más poderoso y rico que el nuestro. No hará falta decir que la boda sirvió más a un entendimiento puramente empresarial que el amor que pudiéramos profesarnos. Yo tenía diecinueve y ella diecisiete. Qué jóvenes. Ya el día de la boda, y probablemente mucho antes, la gente comenzó a murmurar que si bien mi hermano Víctor y yo éramos dos gotas de agua, no se podía decir lo mismo sobre nuestros caracteres. Y era cierto. Víctor era más bien retraído, tímido, que gustaba de la soledad más que de la compañía. Sin duda yo era la compañía que a él siempre le agradó, pero no podía estar con él siempre. Entonces mi padre decidió enviarme a Madrid por una temporada, con el objeto de que yo ganara cierta soltura en mi reciente licenciatura de leyes. Aunque nunca me lo dijo, me estaba preparando para sucederle al frente de su imperio. La tarde anterior a mi partida me llamó a su despacho. No es que mi padre fuera un tirano, puedo jurar que jamás nos alzó la mano, pero irradiaba una advertencia constante, un poder interior que cualquiera temía un día se desbordase para aplastar al insurrecto. Recuerdo que una noche, siendo niños, un criado nos aterrizó a Víctor y a mí contándonos horribles historias de nuestro padre: aseguraba que había sido pistolero de joven, y por encargo de los que después fueron sus vasallos, había asesinado vilmente hombres, mujeres, e incluso niños. Traté de olvidar aquello, pero por raro que pueda parecer, esa tarde, sentado frente a él, pude experimentar un temor insustancial pero igualmente desagradable. "Estoy preocupado por Víctor. Vuestra madre os parió iguales pero carecéis de esa similitud que os haría idénticos: el carácter. Me tiene realmente preocupado: No estudia, no trabaja, no anda con mujeres. Siempre en las nubes, siempre soñando. El otro día le pillé escribiendo poesías. ¡Ningún hijo mío podrá hacer nunca tales mariconadas sin que yo haga algo para solucionarlo! Tiene que casarse, tiene que tener una buena

mujer que lo enderece y lo meta en cintura, pero deberá ser una mujer con mayúsculas, no valdrá cualquiera. Cuántos hombres pierden lo poco que les queda de juicio por un escote". Víctor era mi hermano, y le quería, lo que me obligaba a defenderlo, aunque fuera de un modo sutil y sucinto para no excitar a mi padre. Valoré su gran corazón, su generosidad, su vasta cultura, su imaginación para crear historias y versos, la vena artística que él atesoraba: un don divino; atestiguado a su vez la cantidad de mujeres dispuestas a desposarse con él, mujeres que pudieran cumplir las peticiones exigidas. "¡No!", exclamó mi padre interrumpiendo mis palabras. "Un hombre no puede pasarse la vida con semejantes estigmas, y mucho menos llevando los apellidos de la familia. Víctor no necesita una cubana, Víctor tiene que casarse con una española". Me mostré asombrado; antes de que pudiera decir nada él había vuelto a su filípica. "Tu abuela, recuérdalo, era española; toda coraje y valor, ningún hombre pudo comparársela, bondadosa, justa, trabajadora de sol a sol, madre perfecta y esposa intachable, ninguna mujer pudo ni podrá hacerla sombra. Sólo una española puede curar a Víctor de su extraño mal, sólo una española. Mañana irás a España, te ocuparás de los asuntos acordados, y sobre todo pondrás tu empeño entero en hacerme en factor, José, el mayor que te haya pedido nunca, y sobre él pongo mi fe en que sepas resolverlo satisfactoriamente: Traer una esposa para Víctor". Podía haber reído acerca del entramado plan de mi progenitor, pero él no solía bromear a no ser que estuviera bebido. No conozco la manera de traer una española sin infringir su voluntad, le dije. "Deberás enamorarla, pues, y traértela a Cuba, pero sin casarte con ella; le prometeré a Víctor que si la acepta por esposa le permitiré hacer lo que quiera". "Pero ella sabrá de la farsa tarde o temprano, se dará cuenta del cambio", repliqué. "Sois exactamente iguales, en un principio nada notará y si llegara el caso más adelante ya sería demasiado tarde". No pude siquiera imaginar que mi padre pudiera llegar a tratar a mi hermano como una de sus transacciones, manejándolo a su antojo. Sentí pena por él y desprecio por mí mismo al colaborar en una empresa que, sabía perfectamente, no nos depararía un final feliz. Pero no podía oponerme.

- Y conseguiste tu propósito: viniste a España, buscaste y buscaste, no paraste a pensar el daño y odio que podías engendrar; aún así hiciste que me tendiese a tus pies, loca de amor; me engañaste sin escrúpulo haciéndome creer que me amabas, que era el hombre de mi vida; ¿Por qué apareces ahora, después de tantos años, con la pretensión de que crea esa sarta de mentiras? NO podrás expiar tus culpas a mi costa, no te dejaré.

- Es la verdad Carmela. Todos han muerto. Sólo mis dos hijas me recuerdan en Navidad, allá donde estén. ¿Qué ganaría mintiéndote que no haya perdido ya?

-He de irme.

Carmela se incorporó rápidamente, cogió su abrigo, saliendo a la concurrida calle, los ojos se le anegaron de lágrimas dificultando su visión; pero no paró sus pasos. Escapar, escapar, escapar, esa era la consigna. Creyó que si dudaba frenaría su huida, temiendo que las fauces de su propio desamparo la abocaran a un desenlace servil. Hubiera querido mostrarse despiadada al espetarle todo el rencor que creía guardar en las entrañas, pero al verlo, al oír su voz, al sentir el roce de su piel sobre sus manos, sintió como la pleamar de su ira disponíase a despejar la playa de su bienestar peinando la arena,- granos furibundos y nacarados- hasta dejarla inmaculada.

-Aguarda, Carmela, aguarda.

En apenas cinco minutos José Maztegui volvió, no sin esfuerzo, a interponerse entre ella y su errático caminar. Fueron a resguardarse del brillante sol, multiplicado por los vidrios de las casa aledañas, bajo las arcadas solitarias de un edificio blasonado. Supo él del inminente desenlace: Ocurriera lo que ocurriese lo aceptaría.

-Sé por qué me rehuyes: no te culpo por ello. Pero no aumentes mi desazón. No acabé de contártelo, y quizá lo que vaya a decirte sea mi última esperanza. Si

una vez oída quieres dejarme u odiarme para siempre no me opondré. Te lo prometo.

Una bandada de grajos cruzó el cielo dispuestos a tomar al asalto la Catedral. Carmela los vio, oscuros, montaraces, y deseó ser uno de ellos, sin un ancla que la sumiera más en su desdicha.

-Yo no contaba con enamorarme de ti; y sucumbí a tus encantos el primer día, en Valencia, cuando aquella multitud festiva e inesperada nos juntó en aquel puesto de abalorios. ¿Te acuerdas? Entonces supe que eras la indicada, pero no para mi hermano, sino para mí: Aunque me costara la vida me juré que serías mía. Nada fue fingido, no hubo trampa ni cartón, mis sentimientos eran puros.

-Pero me mentiste. Me hiciste creer que ibas a casarte conmigo sabiendo que ya tenías mujer.

- ¿Y qué podía hacer si no, Carmela?, ¿abandonarte? No: hubiera muerto de pena: Informé a mi padre de lo ocurrido, omitiendo por supuesto la verdad de mis sentimientos hacia ti: Cualquier maniobra menos perderte: lograría consolidar nuestro amor, el ingenio me ayudaría.

-Podrías haberme dicho la verdad, José; te hubiese creído.

-Estimé oportuno hacer lo contrario. Tuve miedo a que te enfadases conmigo de tal manera que llegases a despecharme al saber que estaba casado, y las innobles intenciones que me movían. Me dije que si lograba llevarte a Cuba todo sería más fácil. Necesitaba tenerte a mi lado, lo necesitaba como el respirar. Las semanas de ausencia me corroboraron lo mucho que te quería, lo enamorado que de ti estaba, convencido de arreglar de cualquier modo las trabas de mi vida. Haría creer a mi padre que todo marchaba según lo previsto, y cuando menos lo esperaran escaparíamos a Argentina, a Estados Unidos, donde fuera con tal de permanecer a tu lado siempre. Te he buscado toda la vida, Carmela. No ha habido noche que no haya soñado contigo, no ha habido mañana en que no deseara encontrarte en mi lecho. ¿Vendrás conmigo ahora?

Frente a frente, los brazos caídos, las lágrimas de Carmela –perlas hacia el abismo-, las facciones endurecidas y suplicantes de José Maztegui, tan cerca, tan lejos, atracción y repulsión; los dos ensombrecidos cuerpos asemejaban estatuas ingravidas que al menor soplo de viento fueran a estrellarse contra el suelo para hacerse añicos. Sobre sus cabezas flotaba una pregunta carente de ambages. Carmela no hubo de meditar:

-El pasado no puede ni debe volver. Olvida que me has visto. Adiós José.

José Maztegui se quedó mirándola desaparecer en la lejanía de la avenida; giró sobre sus talones e igualmente desapareció.

Elva María abrió la puerta cuando Carmela salvaba todavía el rellano del piso inferior.

-Me tenías preocupada. Son más de las tres; aún no he comido.

-Se me paró el reloj.

Carmela, como justificando su tardanza, hizo salir su reloj de la pulsera de la manga para mostrárselo a su amiga.

-No sea tan descarada –le replicó Elva María tras posar sus ojos en la esfera-. Podrías haber buscado otra excusa.

Carmela volvió a mirar el reloj de pulsera; quedó asombrada: las manecillas marcaba las tres y diez, mientras que el antes congelado segundero recorría la circunferencia sin asomo de fatiga. El tiempo pareció haberse parado sin ella darse cuenta. Hubo de hacer grandes y denodados esfuerzos para que su estado anímico no concediera a Elva María la opción de preguntar acerca de su abatimiento. Pero los años y penurias las habían acercado de tal manera que hasta el mínimo detalle inusual –forzar la voz, rehusar una conversación, mostrarse reservada y pesimista, un lenguaje quedo y monosilábico- daba pie a una investigación.

-A ti te ocurre algo Carmela, y no me lo quieres decir. Y desde que llegaste tarde la semana pasada, diciendo que se te había parado el reloj, no eres la misma.

¿Por qué habría de mentir a su mejor amiga cuando, a fin de cuentas, era la única persona que conocía y entendía su secreto? Se había sorprendido mucho

cuando, cansada de repeler las continuas preguntas de Elva María sobre la razón por la cual había abandonado Cuba, le confesó lo que con tanto celo había guardado, una tarde en París: "Me lo suponía -le dijo a Carmela con suficiencia-, era demasiado perfecto para ser verdad".

-Estuve con José Maztegui aquella mañana.

-¡Dios bendito!.

No fue hasta pasados unos días de la revelación en que se puso aquel abrigo; tras ajustárselo introdujo ambas manos en sendos bolsillos, fondones e inacabables; intrigada extrajo del siniestro una misiva rectangular, una de esas tarjetas de visita que son presentadas a la menor oportunidad por los comerciantes más avezados. En el reverso una declaración: "Supe desde el principio que me rechazarías. Si algo queda de aquel amor búscame. Te amaré siempre, Carmela". En el anverso un nombre, unos apellidos, un oficio, una dirección, una ciudad: Madrid.

-¿Vas a salir Carmela? Podrías traerme la revista y el coleccionable.

Y cerró la puerta.

La tarde flotaba en el sopor calinoso del tedio sabático; cruzó por las calles vacías de viandantes, resguardados en los hogares a la luz de los televisores, o acuartelados en bares anónimos enfrascados en la pugna con los naipes y la fortuna; en mitad del puente tendió la vista en derredor hasta toparse con los picos relucientes, albinos, de la Pulcra Leonina. No podía perder más tiempo; debía decidirse de inmediato. Resuelta, reanudó su marcha.

Al ponerse el tren en movimiento, con un resuelto asmático, tuvo deseos de apearse y, más un anhelo que una realidad, ser feliz sin el lastre pertinaz que le había otorgado José Maztegui, aunque permaneció fundida al asiento. Al ver el paisaje correr en dirección contraria, de extremo a extremo del ventanal, supo de la irreversibilidad de su resolución, lanzada a otra aventura de la que podía salir peor parada. El revisor, alto y bien parecido, pidió su atención con voz meliflua:

-Billete, señora.

Tomándola entre sus manos lo examinó.

-Madrid- dijo entre pregunta y afirmación; tras el gesto de asentamiento de Carmela, lo picó, anotó algo en su libreta, lo devolvió, dio las gracias, siguiendo la sinuosa senda a través del vagón.